

LOS REFRANES

«Érase que se era, y el bien que viniere para todos sea, y el cual para quien lo fuere a buscar». Esta es la frase proverbial con que nuestros antepasados daban principio a sus cuentos, así encabeza Sancho Panza sus consejos, y así me ha parecido a mí dar comienzo a este estudio, al qué me complazco en dar el nombre de *popular*, ya que su materia es eminentemente y por todos conceptos propia y peculiar del pueblo.

Al pasarme por el magín, y sobre todo cuando me resolví a hacer el presente trabajo acerca de los refranes, bien eché de ver que con el título de «Filosofía popular» u otro parecido se podría escribir alguna cosa del agrado no sólo de los aficionados al «folk-lore» sino también de los que con mayor o menor razón se llaman filósofos; sobre todo siendo este un punto bastante desconocido de muchos. Mas afortunadamente no he podido haber a las manos los medios necesarios para asunto de tal índole: y digo afortunadamente porque lo mucho que me halaga por una parte, el poquillo de vanidad que todos tenemos por otra y lo interesante del asunto por todas me hubieran hecho desconocer mi ineptitud para semejante hazaña. Así que opté por amainar velas y ceñirme a un modesto estudio de los refranes, sin quitar que de vez en cuando, si la ocasión se presenta, la aprovechemos para sugerir alguna que otra idea.

Comencemos por aclarar dudas, que no faltará acaso quien las tenga acerca de la diferencia que hay entre las palabras: *proverbio*, *refrán* y *adagio*.

La voz *proverbio*, de *proverbium*, es el vocablo clásico latino usado por Cicerón y Quintiliano. *Adagio* de *ad agendam apta* se lee en los autores latinos Plauto y Aulo Gelio para significar lo que otros expresaban por las voces traídas del griego *paroemia* y *gnome* que Fr. Luis de León traduce a nuestro idioma castellano por «gnoma». Finalmente la voz *refrán*, si bien trae su origen de la lengua del Lacio, de *referre*, no es palabra que usasen los latinos, sino que fué injertada en nuestro idioma castellano. En el sentido de refrán usó el Arcipreste de Hita el sustantivo *retraer*.

«Verdad es lo que dicen los antiguos *retraeres*,
Quien en la arena siembra non trilla pegujares»,
palabra muy propia y adecuada por cierto, mas que luego cayó en desuso.

Refrán y adagio, salvas las diferencias etimológicas, en el uso significan lo mismo, mas no así *proverbio* y *refrán*, según que nos aten-gamos a la costumbre de nuestros días. Hay muchos, es verdad, entre eruditos sobre todo, que no distinguen en el uso *proverbio* de *refrán*, pero al primero la gente del pueblo, maestro supremo en estas cuestiones, lo considera como un dicho no vulgarizado y además de carácter severo. Todos los proverbios pueden ser refranes si el uso los sanciona como tales, mas no todos los refranes pueden ser proverbios; ya que, si bien hay muchísimos, que cumplen con la condición de revestir un fondo austero y forma sentenciosa, como por ejemplo: «Lo que con tu padre hicieres, de tus hijos sólo esperes», «Mozo fuí y amanecí, mas nunca al justo desamparado oí» y otros mil a este estilo; con todo hay también infinidad de ellos, y quizás la mayor parte, de los cuales unos expresan su sentencia interrogando: «A dó irá el buey que no are»; otros en forma de diálogo: «A dó vas duelo? a do suelo», «¿Araña ¿quien te arañó? otra araña como yo», «De qué te ríes, tonto? de ver reir a otro» etc.; algunos son puramente una frase admirativa, como: «¡Qué cosa tan buena el hur-tar, si fuese por los cintos el colgar! «¡Ay horas tristes, cuán diferentes sois de las que fuistes!» «¡Dichoso en el duro trance aquel que sabe orar!» etc. muchos en fin sólo enuncian un hecho: «Mai anda la casa, donde la rueca manda a la espada», «Hasta el pelo más delgado hace su sombra en el suelo», «Cada lechón en su teta, es el modo de mamar», «Cuchillo malo corta en el dedo y no en el pa-lo», etc., etc.

Son los refranes distintivos particular de algún idioma determina-do? ¿pertenecen a idiomas de especial constitución? o son, por el contrario general constitutivo de todas las lenguas? Para responder a las mismas comencé a resolver libros, consultar autores, y pre-guntar a cuantos me pudiesen ilustrar sobre este asunto. No en vano trabajé; pues no sólo me pude convencer de que los refranes son constitutivos muy importantes de todas las lenguas que más o me-nos perfectamente conozco: sino que he podido apreciar y por ende admirar el maravilloso paralelismo que reina entre los refranes de los distintos idiomas; paralelismo muy semejante, como que quizás

sean originarios de una misma o por lo menos parecida causa, al que entre los cuentos y leyendas populares han notado modernamente los que han estudiado este ramo del *folk-lore*. Muchas veces se corresponden los refranes de lenguas muy diversas aun en las mismas palabras, raro es el caso en que no haya por lo menos relación íntima de ideas. Véanse algunos ejemplos.

«Quién no ha oído decir alguna vez: «Cada gorrión con su espi-gón»? pues lo mismo que significamos en castellano con dicho refrán, hace muchos siglos lo expresaban los latinos con aquel otro: «Quot homines tot sententiae»; ni más ni menos que lo que en catalán significa este otro: «Tans caps tans barrets». «Del agua mansa me libre Dios que de la recia me guardaré yo» tiene por equivalente en inglés: «Still waters run the deepest», al tiempo que en italiano se dice: «Di chi mi fido guardami, Dio! degli altri mi guardero io».

Conocidos son los refranes: «Dios los cría y San Pedro los junta», «Cada oveja con su pareja», que en la lengua del Lacio se corresponden por aquel aducido por Cicerón: «Pares cum paribus facillime congregantur», equivalentes todos a los griegos: «*Helix hélíka terpei*» y «*Aei koloíós pará koloión*»; los catalanes dicen: «Llops amb llops no's mosseguen»; los ingleses: «Birds of a feather flock together» y los Franceses: «Qui se ressemble, s'assemble».

Para recomendar la actividad solemos decir entre otros varios refranes alguno de estos: «Quien a la cogujada ha de matar, muy de mañana se ha de levantar», «A vulpeja dormida no le cae nada en la boca ni en la barriga» etc.; pues bien, los latinos ya dijeron: «Dormientis avis sero cibus intrat in alvum», y los franceses dicen: «A renard dormi ne vient bien, ni profit», y los portugueses: «Quem a raposa ha de enganar cumplelhe madrugar».

«Más vale mala avenencia que buena sentencia» o «Más vale un mal arreglo que un buen pleito» dice nuestra gente con mucho sentido práctico para dar a entender los inconvenientes de los pleitos aun para quien sale de ellos afortunado: en latín se dice: «Vincere quam causam praestat damnosa pacisci»; en francés: «Un mauvais accommodement vaud mieux qu'un bon procès»; en italiano: «Meglio é magro accordo che grasa sentenza»; en inglés: «A lean agreement is better than a flat sentence»; y catalán: «Mes val un dolent ajust que'l millor plet».

«Quien mucho abarca poco aprieta», «Galgo que muchas liebres levanta ninguna mata» etc. solemos decir a quien pretende «hacer muchos recados de un mandado»: «Canis plures insequens lepores

neutrum capit», o bien «Dum complecti multa vis, pauca tenes», decían los latinos en idéntico sentido, como actualmente los portugueses: «Quen muito abarca pouco abraça» «Galgo que muitas lebres levanta, nehuna mata»; también los franceses se explican por el mismo estilo: «Qui trop embrasse, mal étreint», «Il ne faut pas courir deux lièvres a la fois»; ni disiente el inglés al decir: «Grasp all, lose all»; ni el catalán al exclamar: «Qui molt abraça poc estreny»; ni tampoco en fin el de Córcega cuando así se expresa: «Qui vole segue duje levre una ne perde e l'altra ne lascia».

Tratándose de amigos se dice en castellano: «Échate a enfermar y verás quien te quiere bien y quien te quiere mal»; «Quien no tiene amigos en la alegría, en la desgracia no los pida»; «Para las ocasiones son los amigos»; «Pobre y perseguido, verás quién es tu amigo», etc.; pues bien esa idea tan práctica y que tan al vivo retrata el corazón del hombre, se dice en latín: «Amicus certus in re incerta cernitur», «Periculum probat amicum»; en siciliano: «L'amici si conuscinu 'n tempu di nicissita», «Amico certo si conosce all incerto»; en toscano: «Al bisogno si conosce l'amico»; «Nell'ore dell'angosce, l'amico si conosce», «Calamità scopre amistá»; en francés: «On connaît les amis au besoin»; «L'adversité est la pierre de touche de l'amitié»; en inglés: «Adversity tries friends», «A friend in need, is a friend indeed»; en catalán y valenciano: «Els amics i'ls botons son pera les ocasions», «Mai se coneix més l'amic que'n la presó i'l perill», etc., etc.

No hay para qué seguir poniendo más ejemplos, pues los aducidos dejan bien de manifiesto lo que me propuse demostrar, fuera de que sería cuestión de nunca acabar si dejase ir saliendo los mil y mil que me vienen al magín como disputándose la honra de figurar en estos renglones. Pero como «para muestra basta un botón» y por otra parte lo poco agrada (si es bueno, se entiende) y lo mucho harta, contentémonos con lo dicho, y pasemos a otra cosa sin salir de la materia.

Una pregunta se ofrece naturalmente al leer lo anteriormente escrito; a saber: en materia de refranes ¿qué lengua se lleva la palma? Oportuna es la pregunta, pero no para quien la haya de responder. Por mi parte he de confesar sin ambages ni rodeos que lo ignoro; tengo para mi que en la actualidad no se puede responder categóricamente a la pregunta; más aún, creo que de suyo es poco menos que imposible tal respuesta. A lo más se podrán comparar las colecciones que cada pueblo ha publicado de los respectivos refranes que

entre ellos se usen; mas ahí precisamente está el nudo gordiano: ¿quién se atreverá a afirmar que tal o cual colección contiene todos, ni más ni menos, todos los refranes de este o aquel idioma? Ahora, a juzgar por lo que hay hecho, no creo incurrir en exageración si afirmo que el Castellano es el que cuenta con colecciones más numerosas de refranes; y en esto, aunque de ello estoy convencido por lo que por mis propios ojos he visto, con todo no hago nada más que repetir lo que afirman cuantos este punto han estudiado; quienes, en materia de dichos, refranes y modismos ensalzan la lengua de Cervantes hasta por encima de la griega; y es de notar, pues el caso lo merece, que entre esos panegiristas forman número varios personajes de quienes se puede pensar que no estaban tomados de pasión por las cosas de nuestra Madre Patria.

Pasemos ahora a tratar algo acerca de la historia de los refranes, que ciertamente la tienen muy gloriosa: y en primer término si queremos indagar la antigüedad de aquellos, baste decir que los refranes y modismos se van formando a una con los idiomas a que pertenecen, y, por consiguiente, no tanto habríamos de estudiar la antigüedad de los primeros cuanto la de los segundos. Y no parezca exageración lo que acabo de decir, pues es la opinión de varones muy reputados en el campo de las letras, como Covarrubias, Juan de Iriarte, Ballot, etc.: la razón es obvia a mi modo de ver: entonces podemos decir que una lengua se forma, cuando se hace de esencia propia y exclusiva, cuando se reviste de índole y carácter distintivos; ahora bien: es evidente que el carácter, la índole, la idiosincrasia de un idioma, no la forman las palabras comunes, ni su léxico más o menos rico; constitúyenla empero las frases, refranes y modismos de cada una de ellas; verdad que ha forzado a distinguidos lingüistas a emitir el dictamen de que el estudio de un idioma habría de comenzar lo primero por el estudio detenido y ponderativo de los refranes y modismos peculiares del mismo.

Vamos a ver, pues, a la ligera qué opinión formaron de los refranes los Hebreos, Griegos y Latinos, ya que extender el razonamiento a otros pueblos sería cosa de nunca acabar.

¿Quién no ve la íntima relación que hay entre: «Quien bien te quiere llorar te hará»; y aquel versículo del cap. III de los Proverbios: «Quem diligit Dominus corripit?»; y al oír aquel otro versículo del cap. XIX: «Cor hominis disponit viam suam, sed Domini est dirigere gressus ejus», ¿no viene en seguida a la mente aquel re-

frán tan conocido como experimentado: «El hombre propone y Dios dispone? Salta a la vista también la semejanza e identidad entre aquel versículo de Salomón: «Stultus, si tacuerit, sapiens reputabitur» y aquel otro refrán tan ignorado a veces de quienes más lo necesitan: «El necio, si es callado por sesudo es reputado».

«Es cosa muy sabida, dice Scio, que en todas las naciones hubo antiguamente sabios que acostumbraron dar preceptos de sabiduría y de virtud por medio de breves sentencias, llamadas entre los griegos *gnómai* las cuales unas veces estaban concebidas en términos propios claros y fáciles de entenderse, y otras en oscuros, figurados y enigmáticos; todo con el fin de que se imprimiesen y fijasen más fácil y profundamente en el ánimo y memoria de los hombres; y de que, siendo como unos proverbios o fórmulas comunes, se hiciesen familiares y anduviesen en boca de todos. Es muy probable que este uso tuviese origen en los Hebreos, pues entre todos los escritores de este género no se conocen otros más antiguos que Salomón, a quien Dios comunicó este don y le inspiró para que pronunciase gran número de sentencias de este género, pues la misma Escritura dice de él que compuso tres mil parábolas, de las cuales, reducidas en parte por el mismo Salomón, y recogidas otras de los demás libros suyos, por orden del rey Ezequías se formó este sumario.» Así escribe el citado autor. Más tarde, un judío llamado Jesús el viejo, escribió en hebreo un notable libro de máximas; dicho libro con las obras de Salomón forman un rico tesoro de máximas, digno prez de la fecunda literatura hebrea.

Si de esta pasamos a la profana, hallamos que los Drúidas, a quienes Pitágoras juzgaba por los más ilustrados de los mortales, en unos veinte o treinta mil versos que retenían en la memoria, pues les estaba prohibido escribirlos, a manera de proverbios o refranes, habían formado su doctrina y así la trasmitían de generación en generación.

Vayamos a Grecia; ya de buenas a primeras nos encontramos con que los *Siete Sabios* pusieron sus observaciones en forma de aforismos, muchos de los cuales se han perpetuado hasta nosotros. Sócrates y Platón formaron colecciones de proverbios para su uso particular; el segundo, hablando de los Lacedemonios, gente muy estimada entre los griegos por su filosofía, escribe en el diálogo de *Protágoras* que toda la ciencia de ellos consistía en los refranes, o mejor en el acertado uso de los mismos. Dice así traducido fielmente del Griego: «Mas para decir la verdad, el que los Lacedemonios

tengan especial aptitud para la filosofía de aquí se puede deducir: Si alguno tuviere ocasión de tratar con cualquier lacedemonio, al principio ciertamente le parecerá un simple; mas cuando a él mejor se le ocurra, a manera de buen cazador, le suelta una frase sentenciosa, breve y peliaguda con tal destreza que deja al adversario con la boca abierta. Poco más abajo afirma Platón asimismo «que el saber usar bien de tales frases es propio de varón verdaderamente sabio». Con la opinión expuesta tiene suma afinidad la de Aristóteles. En efecto en la Retórica del Estagirita (L. I, c. 15) vemos recomendados al orador los refranes como testimonio o argumentos que debe usar el que quiera persuadir. Finalmente, los Griegos daban tanta importancia a los refranes o *paremias*, como ellos llamaban, que los esculpían en los monumentos públicos para que todo el mundo pudiese hacerse con suficiente número de ellos, con los cuales se guiasen y gobernasen en la vida práctica.

También los refranes o *proverbia* tuvieron entre los romanos decididos cultivadores. Catón el Censor y César los juzgaban utilísimos, y ambos reunieron colecciones particulares destinadas a su uso. Plutarco era entusiasta por los mismos y no perdía ocasión por ilustrar con ellos sus obras. En fin, los proverbios eran tan del agrado de los antiguos, que los sabios compilaban su doctrina en proverbios; en forma de proverbios dictaban sus leyes los legisladores, y cuando los sacerdotes descubrían al vulgo los oráculos, hacían hablar a las falsas deidades en formas proverbiales.

Cuatro palabras no más sobre el origen y progreso de los refranes castellanos. La lengua castellana copiosa y rica como la que más, lo es singularmente, según unánime confesión de cuantos la conocen, a fondo, en todo lo que a modismos y refranes se refiere. De estos, algunos usados vulgarmente, datan de tiempo en que todavía el castellano no figuraba en los escritos, como aquel: «No se ganó Zamora en una hora», que suponen ser del tiempo de Sancho II (fines del siglo xi). Muy pronto conocieron los progenitores del habla castellana la riqueza verdaderamente exuberante de que estaba dotada la lengua que hablaban; y llevados de esta convicción y sobre todo impulsados por el verdadero amor patrio que les estimulaba a tan legendarias y portentosas hazañas, quisieron dar a conocer los tesoros que poseía aquella lengua que en los siglos xvi y xvii había de ser la universal, como quien dice; y así entre otras obras que dieron a la estampa, como el *Tesoro de la lengua castellana*, verdadero diccionario de nuestra lengua, y quizás el primero que se publicaba so-

bre lenguas modernas; don Iñigo López de Mendoza, Marqués de Santillana, formó una colección de refranes castellanos que con el título de *Refranes que dicen las viejas tras el fuego* (fuego) dió a la estampa en el siglo xv. En 1510 publicó Mosén Dimas sus refranes glosados. En 1549 vió la luz pública en Zaragoza el *Libro de Refranes copilados por orden A, B, C, etc.*, colección atribuída a Pedro Vallés. Hernán Núñez, llamado el *Pinciano* por ser hijo de Valladolid, conocido con el nombre de *El Comendador griego*, profesor eminente de dicha lengua en Salamanca, publicó en los últimos días de su vida, en 1555, una hermosa colección de *Proverbios en romance*; obra que ha merecido toda clase de elogios de parte de cuantos se han dedicado al estudio que es objeto del presente artículo.

Dejando otras innumerables colecciones, cuya relación, fuera de que sería larguísima y por ende fastidiosa, no cuadra en el marco de un estudio de la índole del presente, me contentaré con citar el *Vocabulario de refranes y frases proverbiales de la lengua castellana* que juntó el Maestro Correas, catedrático de griego y hebreo en la Universidad de Salamanca, escrito a principios del siglo xvii y que permaneció inédito hasta 1906 en que la Real Academia Española lo publicó por su cuenta. Es sin duda la obra más rica, más abundante y de mayor valor que nos dejó la ciencia filológica del siglo de oro de la literatura castellana. Es de advertir, como nota bien encomiante de la obra, que de los veinticinco mil refranes que contiene, fueron tomados la mayor parte directamente del pueblo por el mismo autor. También ha habido modernamente ilustres cultivadores de tales decires. Ejemplo de ello es el sacerdote gaditano, don José Ibarbi, quien a fines del último siglo publicó *El libro de los refranes, El refranero general español*, obra en diez volúmenes, y la *Monografía sobre los refranes*. Otro ejemplo más reciente tenemos en don Fermín Sacristán, quien entre otras publicaciones de la misma índole tiene su *Doctrinal de Juan del Pueblo*, copiosa colección de refranes agrupados por orden de materias.

Termino esta parte con las palabras de Mir en el prólogo al Vocabulario de refranes de Correas: «En tiempos recientes, dice, se ha inventado o querido descubrir una ciencia cuyo fin es atesorar y estudiar este caudal de doctrina popular que anda derramado en la humana sociedad, en especial en su parte o porción más ínfima, más inculta e iliterata. Y no pocos españoles han saludado esta ciencia como algo nuevo y desconocido; y como venida de extrangis y con su nombre ya hecho la han bautizado con el nombre

Folk-lore (tesoro del pueblo) sin percatarse no pocos de ellos que antes que los ingleses descubrieran el *Folk-lore*, hacía tiempo, muchísimo tiempo, que los españoles habíamos cultivado esta ciencia y llevádola a mayor perfección en lo que a nosotros tocaba que los ingleses en lo que a ellos toca, y dejado de esta ciencia monumentos notabilísimos, ante los cuales son poco más que juegos de niños los de los modernos *folkloristas*.

Grande fué el aprecio en que los antiguos tuvieron los refranes y no menor el empeño de aducirlos como relevante mérito de sus escritos, tanto que, como asevera Fr. Luis de León, «si lo que con muchas palabras y grandes razones y subidas han probado, vienen a concordar con algún adagio o refrán, tiénenlo ellos por demostración que llaman al ojo»; extraordinario el deleite que uno mismo experimenta al oírlos si son traídos a tiempo y con oportunidad, como hace la gente del pueblo; insuperable casi la dificultad que se ha de vencer para rebatir un refrán como argumento aducido en pro de parecer o sentencia contrarios, como que el adversario se tendrá que dar por vencido, o por tal le juzgarán los demás, que todavía es peor, si él no discurre otro que oponer al primero. Ahora bien, ¿a quién no se le ocurre preguntar sobre la filosofía de este fenómeno? Contestar a esta pregunta es lo que me propongo en esta tercrea y última parte del presente artículo.

Dos son, según creo, las causas principales de la fuerza convincente y atractiva de los refranes: extrínseca la primera, la segunda intrínseca; a saber: el natural placer y agrado que nos causan, y su naturaleza eminentemente práctica y adecuada para persuadir y vencer.

Casi todos los refranes, si atendemos a su estructura o forma externa, como propios del pueblo, hieren vivamente la imaginación, pues unos son imágenes vivientes, como «Dijo la sartén al cazo, ¡apártate que me tiznas!; otros alegorías perfectas, graciosas comparaciones aquellos: «Son campanas de palo las razones de los pobres», «El viejo como el horno por la boca se calienta»; éstos alusiones históricas, y todos con marcada tendencia a lo real y concreto; todo lo cual, como afirma Aristóteles en su *Retórica*, es causa de deleite y agrado; o por decirlo en frase de Fr. Luis de León, «da infinita dulzura al alma».

Empero no está ahí toda la filosofía del refrán ni mucho menos; algo más íntimo late en él; veamos qué. Los refranes nacieron de

padres muy diversos: unos deben su origen a algún dicho de un sabio; otros, y son los más, lo deben al de un rudo o ignorante, quizá de alguna abuela que lo profirió, mientras al calor de la lumbre narraba a sus nietezuelos maravillosa historia: ese dicho ha llegado más tarde a oídos del pueblo y éste lo ha examinado con todo el rigor que le permite su desinteresada a la vez que severísima crítica, y una vez examinado y quizás depurado, el mismo pueblo se lo ha apropiado, es decir, le ha dado carta franca de ciudadanía entre los refranes, porque el pueblo y nadie más que él tiene derecho jurisdiccional en materias de refranes: y he aquí que el tal dicho feliz no es ya, en todo rigor, acierto de fulano o zutano, no es dictamen del sabio ni del ignorante, esto para el caso nada vale. El refrán significa el fallo, representa el dictamen, involucra el juicio frío de un pueblo entero, de generaciones en masa. Y cuando pueblos enteros, generaciones en masa, unánimemente hablan y decididamente alaban o reprueban, afirman o niegan, no cabe duda de que esa alabanza o reprobación, ese asentimiento o disconformidad, encierran una fuerza extraordinaria, una autoridad incomparable que no puede menos de subyugar y llevar victoria cuando cara a cara se nos presenta en forma de frase breve, compendiosa e irrefragable, que se llama refrán. Magistralmente, como acostumbra, declara esta idea el ya varias veces citado Fr. Luis de León tratando sobre el particular. «Y si alguno insiste, dice, en que al fin son (los refranes) dichos de pueblo y gente indocta, responderemos lo que muchas veces dice Aristóteles en sus *Políticas* hablando de semejante caso: que así como en la hacienda no hay nadie tan rico, por mucho que tenga, que pueda gastar tanto como el pueblo todo junto, con poca cosa que cada uno contribuya; así en el saber, ninguno es tan sabio que pueda acertar tanto como el pueblo, ayuntamiento (conjunto) de muchos, cuando confieren todos a ayuntar el saber el uno con el otro, porque a todos, dice Aristóteles, puso Dios una luz en el entendimiento con que conozca la verdad.»

No hay dificultad, por consiguiente, por lo menos yo no la sé ver, en aseverar que muchos, muchísimos refranes son realmente verdades de las que en filosofía se apellidan «verdades de sentido común», ya que, como se aduce en la primera parte de este estudio, la mayor parte de ellos no son patrimonio exclusivo de tal o cual lengua, sino general de la mayor parte de ellas; lo cual significa evidentemente que pueblos y más pueblos los han abrazado y han asentido a ellos y los han juzgado dignos de figurar como la expresión viviente del

su común saber y sentir. Y he ahí el porqué de ese fenómeno tan notorio en la gente del pueblo, en todo el mundo, para decirlo de una vez. La experiencia nos habrá enseñado, quizás más de lo que quisiéramos, al sostener alguna disputa con cualquiera, lo dificultoso que es hacer sostener nuestras posiciones cuando el adversario logra apoyar las suyas sobre algún oportuno refrán: y es que, por una parte vemos nosotros, o mejor nos espantamos al comprender que ya no nos las habemos con un cualquiera, sino que hemos de resistir al ímpetu avasallador del sentido común que de aquel modo se expresa: y por otra el contrincante se vigoriza al notar que pisa terreno firme, es decir, al caer en la cuenta de que ya no es él el que habla, sino que por su boca hablan generaciones enteras, pueblos y naciones, que desde tiempo inmemorial así han hablado. Esta es, si mucho no me engaño, toda la filosofía del refrán, filosofía profunda, mucho más de lo que a primera vista puede aparecer, como toda filosofía que nace del sentido común aleccionado por la experiencia, cuando brilla para ambos la luz esplendorosa de la recta razón. Ciertamente que en esa filosofía no hallaremos abstracciones intelectuales, ni tropezaremos con terminología especial, por no decir abstrusa y alambicada; lo cual no disminuye, antes aquilata y realza maravillosamente el valor inapreciable de ese tesoro inmenso y casi insondable de recto y prudente saber que contienen las colecciones de refranes.

Y no se diga que estoy dando a los refranes importancia que realmente no tienen, por aquello de que «cada cual procura llevar el agua a su molino» o de que «cada buhonero alaba sus agujas», ya que al fin y a la postre, los refranes no son cosa del otro jueves. Aunque no me admira la observación, pues eso y quizá más todavía hubiera dicho yo mismo tiempo atrás. Mas al presente, después de haber revuelto varias colecciones de refranes, de ellas algunas asaz completas, habiendo reflexionado sobre lo que por mí mismo he observado entre el pueblo, arsenal inagotable en semejante mercancía, me veo forzado a sentir de diverso modo, pues no puedo disuadirme de que el refrán es la expresión de la ciencia natural, de esa ciencia que los hombres, desde tiempo inmemorial, han ido adquiriendo, y legando a título de preciada herencia los padres a sus hijos, éstos a los suyos acrecentada con el propio peculio, y así sucesivamente se ha ido conservando y enriqueciendo y depurando de pueblo en pueblo, de generación en generación hasta que ha llegado al pueblo de nuestros días, quien la legará asimismo a los que se sucedan acrecentada con lo que la experiencia le haya adocinado.

De ahí nace, a no dudar, el amplísimo campo que esta ciencia popular, humilde y sin pretensiones, se ha conquistado. En efecto: los refranes, informados siempre de su distinto carácter, esencialmente práctico, unas veces alaban, encomian y recomiendan las virtudes, aquellas sobre todo que más se relacionan con la vida sociable, como la justicia, la caridad, etc.; otras ponen en la picota con maestría sin igual y realismo incomparable al vicioso; aquí proporcionan oportunos consejos para las diversas circunstancias en que nos podemos hallar; allí se ríen irónicamente de vuestras flaquezas y debilidades; más allá patentizan los más íntimos repliegues del corazón humano, señalan los móviles que le impulsan y con admirable destreza lo ponen de manifiesto tal cual es.

¿Ejemplos? A granel se podrían aducir si la índole de un artículo lo permitiera. Sólo alguno que otro consignaré, remitiendo al lector aficionado a las colecciones que por ahí andan impresas.

Tomemos, por ejemplo, la virtud de la laboriosidad o diligencia: al momento vienen a la mente infinidad de refranes diciéndonos: «La diligencia es madre de la buena ventura», «A Dios rogando y con el mazo dando», «Ayúdate y ayudaráte Dios», «Quien quiere mucho holgar, no deje de trabajar», etc. Por el contrario volvamos la hoja y hallaremos el reverso, es decir, el vicio de la pereza ridiculizado como sigue: «La ociosidad es madre de todos los vicios», «Quien huelga no medra», «La pereza nunca hizo nobleza», «El perezoso siempre menesteroso», «Quien se levanta tarde, ni oye misa ni come carne», «Reniego de bestia que en invierno quiere siesta», etc.

Tomemos el capítulo del silencio, y entre otras mil cosas oiremos: «Palabra y piedra suelta no tienen vuelta», «Quien mucho habla mucho yerra», «El poco hablar es oro, y el mucho, todo», «La mejor palabra es la que se queda por decir», «¿En qué se parece un tonto a un sabio? en lo que calla», «Harto sabe quien no sabe, si callar sabe», «Quien no sabe callar, no sabe hablar», «Mucho hablar y mucho reir, poco seso dan a sentir», «El gato maullador nunca buen cazador», etc., etc. Mas para que nadie se vaya al extremo contrario, hay otros refranes que señalan el justo medio, a veces tan difícil de obtener, y al mismo tiempo enseñan que en ocasiones es virtud hablar: «El mucho hablar es dañoso y el mucho callar no es provechoso», etc.

Pongamos un caso más abstracto: para denotar la naturaleza de la vida que el hombre ha de sufrir en este valle de lágrimas, se explica así el pueblo: «El que larga vida vive, mucho mal ha de pa-

sar», «No hay contento cumplido en esta vida», «En este mundo cansado no hay bien cumplido ni mal acabado», «Nunca me digas bien hadado hasta que me veas soterrado», «No hay miel sin hiel», «No hay atajo sin trabajo», «Los placeres son por onzas y los males por arrobas», «No hay tiempo que no se acabe, ni tiento que no se corte», «El mal entra a brazadas y sale a pulgaradas», «Da Dios almendras a quien no tiene muelas», etc. Otros nos recuerdan la volubilidad e inconstancia de las cosas terrenas, v. gr.: «Cuanto mayor es la ventura, es menos segura», «De la mano a la boca se pierde la sopa», «Ni cosa más variable que ventura ni más miserable que locura». Vicio muy ordinario de todo hijo de vecino es el no saber los propios defectos. Con aguda ironía satirizan los refranes tal defecto diciendo: «Quien mal canta bien le suena», etc., y modernamente ha salido a relucir uno nuevo, tomado del automovilismo, que no deja de tener significación apropiada; dice así: A ningún *chauffeur* le huele mal su gasolina...

Una observación antes de terminar. No faltará a quien se le haya ocurrido como dificultad contra lo hasta aquí expuesto en esta última parte, la oposición que a veces se da entre refranes que dicen con una misma idea. Cierto, hay refranes que a primera vista son contradictorios, pero creo que esa oposición o si se quiere contradicción, es aparente tan sólo, como aparecen entre estos dos: «Quien mucho habla mucho yerra» y «Quien mucha habla en algo acierta». Por el estilo son todos o por lo menos la mayoría de los casos semejantes que pudieran aducirse.

Oigamos, como fin de este modesto estudio, un diálogo copiado al vivo, que entablaron a manera de amigable saludo un anciano y un adolescente. Casos como el que voy a transcribir son cotidianos y de uso corriente entre la gente del pueblo. Volvía un anciano con paso lento de su ordinario paseo, cuando se le hizo encontradizo un jovenzано conocido suyo. El garzón al contemplar al anciano que iba perdiendo sensiblemente el antiguo garbo que tanto le distinguiera entre los demás coetáneos, le saludó en estos términos: «Adiós, tío Fulano; ¡vamos que eso ya va de capa caída...» El viejo, con esa amarga sonrisa que en el hombre despierta la memoria de su pasado glorioso junta con la apreciación de la presente realidad, le respondió: «Siempre el mismo; nada, genio y figura... pues mira que lo mismo muere la oveja que el cordero...» «Sí, sí, replicó el mozo; pero si el joven puede morir, el viejo no puede vivir...»

MANUEL ALMARCHA.